

LA LLUVIA.



N algunos días del Verano nuestro cielo de espléndido zafiro, se cubre de opacas y cenicientas nubes, que al interceptar los fulgores del sol, solamente dejan una claridad dudosa, poco mas intensa que la de la aurora ó que la del crepúsculo de la tarde. Entónces la campiña presenta un aspecto de profunda tristeza: los árboles inclinan sus desfallecidas ramas al suelo, como los sauces de Babilonia; presentan su follage descolorido y cubierto de polvo, como si padeciesen en aquellos momentos: se agotan los perfumes de

las flores, como en la cabeza de un enfermo los bellos pensamientos; sus hojillas están descoloridas y arrugadas como las frentes juveniles que han sido marcadas por las profundas huellas de algun cruel sufrimiento; y su esbelto tallo apénas puede sostener el levísimo peso de las hojas: los arroyos reflejan en sus turbias aguas las nubes inmóviles que parecen un fúnebre sudario que envuelve el mundo. Cual insignias de duelo se van extendiendo por los horizontes velos espesos de nieblas, que apénas dejan descubrir débilmente los relieves de las cerúleas montañas; míranse, al traves de esos vapores, las pintorescas rocas vagas é indeterminadas; las cascadas de plata que se lanzan de las cimas de los montes, aparecen pálidas é inmóviles, y los bosques umbríos están casi borrados. Reina por todas partes un silencio profundo, una lúgubre calma. Los vientos se han retirado á sus alcázares aéreos: las aves yacen en sus nidos con las cabecillas ocultas bajo las alas. No se oye ni el ruido de las hojas, ni el murmurio de los riachuelos, ni el canto de algun pájaro; tampoco retumba el trueno en ese nublado lívido como la faz de un moribundo. No hay duda de que la naturaleza sufre entónces: necesita un remedio que mitigue sus penas, que dulcifique su tristeza; pero Dios, que no olvida ni á los animalillos microscópicos, ¿abandonará á la madre comun de todos los seres? No: le ha concedido un desahogo, un remedio, como á su hijo el hombre en las lágrimas, en la lluvia que tanto se asemeja á aquellas en sus causas, apariencia y efectos.

Aguardemos estas escenas sorprendentes y misteriosas, y en ellas veremos palpablemente el poder y mandato de la Inteligencia Suprema.

Ved el llanto consolador de la naturaleza en esa lluvia fresca y finísima que se desprende de las nubes, y que al ser herida por la luz que va por grados tomando intensidad, parece convertir sus infinitas gotas en otros tantos diamantes, topacios y rubíes, pues descompuesta la luz en sus cristales y prismas líquidos, produce los colores primitivos. Notad como ahora todo se vivifica y va presentando un aspecto de alegría. Las nubes se disolvieron en la fecunda lluvia que ha vuelto al campo su perdido gozo, dejando contemplar el azul glorioso del firmamento: el sol se ostenta mas bello, como si acabase de purificar en un crisol el oro de sus rayos, que atavían los objetos con sus galas mas espléndidas: los árboles levantan sus verdes penachos en señal de satisfaccion, y la vista se deleita en el verde limpio y lustroso de sus hojas: las flores al beber el bálsamo de salud en esa lluvia que purificó el color de sus hojillas, se muestran llenas de gozo: los arroyuelos empiezan á murmurar al desbordarse contentos para acariciar las plantas y arbustos del prado, y al mismo tiempo reflejan el zafiro del cielo y los rayos de fuego del sol: los zéfiros empiezan á acariciar y á robarles en sus besos sus delicados perfumes á las rosas, para despues de agotarlos ir en busca de otras nuevas y aromáticas, á la manera del seductor que goza de todos los encantos de las mugeres y las deja por otras, despues de haberlas marchitado. Participan de la comun alegría las aves que dejan sus guaridas y esponjan su húmedo plumage á los rayos

del sol; se arrastran con rapidez por el césped; se persiguen unas á otras en el aire; rozan la superficie del agua, é inundan los aires de armonía con sus silbos, arrullos y gorgeos. Todo anuncia una sublime renovacion; esa tranquilidad y consuelo que sucede á las penas y alteraciones, que aparece bajo las mismas formas y apariencias que el hombre.

Tambien cuando el hombre sufre; cuando oscurecen su frente las nubes de la tristeza; cuando sus ojos están apagados bajo el velo de la tristeza, y rodeados de esos círculos cárdenos; cuando todas sus facciones están desencajadas, y cuando su tez está descolorida, revelando estos síntomas las angustias del alma y los dolores del cuerpo, entónces vierten sus ojos esa lluvia fecundante del espíritu y de la materia; ese llanto consolador, que es el remedio mas eficaz para esos indefinidos sufrimientos físicos y morales, que todos los que pueda presentar la medicina, cuando ignora las causas de aquellos que no tienen nombre; entónces se necesita ese bálsamo celestial que Dios concede al hombre que se lo pide con fervor; y al concedérselo, purifica con él las manchas de su alma y las heridas de su corazon, volviendo á ambos la serena alegría. En este caso se levanta su frente erguida; sus pupilas brillan

iluminadas por el gozo; la palidez de su rostro huye ante el carmin de salud de sus mejillas, mostrando en todo su ser una dulce serenidad y un plácido sosiego. El llanto ha venido á reanimar su ecsistencia y á curar sus enfermedades, lo mismo que la lluvia que trocó la tristeza del campo en animacion y alegría, mostrando esa cadena invisible que liga todos los seres y objetos; esa armonía y semejanza que Dios ha creado respectivamente entre el hombre y la naturaleza.

1850.—MARCOS ARRONIZ.



INVOCACION.

A LA SEÑORITA L.*** C.***

Tú, que al mundo descendiste,
Del Empíreo emanacion,
De Dios bella creacion,
Que á mis ojos te ofreciste
Como celestial vision;

Tú, que eres en nuestro suelo
Angel puro de consuelo,
Que vienes con tu hermosura
A convertirnos en cielo
Este valle de amargura;

Tú, cuya grata sonrisa
Inspira tiernos amores;
Tú, que pediste á las flores
Sus matices; á la brisa
Su voz y á los ruiséñores;

Sé el objeto seductor,
Arbitro de mis deseos,
Angel que calme el ardor
De mis locos devaneos
Con sus miradas de amor.

Sé el astro siempre fulgente
Que desde limpio zafir,
Con su brillo indeficiente
Mis pasos, ¡ay! aunque ausente,
Al bien sepa dirigir.

Y cuando huyendo del suelo
Mi espíritu tienda el vuelo
De la luz á las regiones,
Sé tambien allá en el cielo
Fuente de mis impresiones.

Febrero 25 de 1850.—O. PEREZ.





Dolores.

LA MELANCOLIA.

(DOLORES.)

HAY entre los seres inanimados y los sensibles, una relacion íntima y misteriosa; relacion que es mas fuerte entre la creacion entera y el alma del hombre. El suave perfume de una flor, el canto de un pajarillo, el ruido de las hojas, cualquier murmullo, cualquier sonido despierta en nuestra mente mil ideas, mil pensamientos. Es ya un recuerdo que dormía, es ya una ilusion que revive ardiente, como

la llama; es ya una de esas emociones, que no tienen un nombre, que son indefinibles, porque á veces lo que pasa en nuestra alma es un arcano para nosotros mismos. Sentimos y no comprendemos el sentimiento, ni podemos expresarlo. Hay un escalpelo para estudiar los nervios y las arterias; no lo habrá jamas para comprender las emociones ni las pasiones. La ciencia ejerce su dominio sobre el cadáver; jamas lo tendrá sobre el alma.

El espectáculo grandioso de la naturaleza, la soledad sublime de los campos, con los ecos del torrente, con los suspiros de la brisa, con los gemidos de la tórtola y de los vientos, es apacible y encantador, y causa al corazón impresiones vagas y deliciosas; nos hace pensar profundamente; pero entónces el pensamiento corre tranquilo como los arroyos; no se siente oprimido, ni fatiga con su peso nuestro espíritu.

Esa reunion de blandas emociones, de pensamientos brillantes; ese sentir continuo y misterioso, ese encanto que tiene, sin embargo, cierta debilidad que se asemeja á la de los rayos de la luna, es el placer vago, que se llama melancolía.

El alma, al influjo de la melancolía, experimenta una dulce expansion; ama lo que nos rodea, comprende los encantos de la naturaleza, y encuentra armonías secretas entre sus sentimientos y las voces de las selvas; comprende las estrañas melodías del susurro de la noche; mira á lo léjos el mundo sin que la deslumbre su falso brillo, ni la desvanezcan sus mentidas pompas; vuela hasta los cielos, y ama á su Autor. . . .

Pero los placeres de la melancolía no son ardientes como los del amor; no son bulliciosos ni vivaces, no hay en

ellos ni el fuego de la pasión, ni el éxtasis profundo de la fé. no: la melancolía no es un placer que hace palpitar el pecho, y que estravía la mente; no necesita del cuerpo, es todo del alma. es todo poesía; pero esa poesía que gozando tiene algo de tristeza y de amargura.

No es la melancolía pesada y dura como la tristeza; pero hay en ella algo inesplicable, algo que en medio de la felicidad y de la calma, parece el augurio de la tormenta, el presentimiento del infortunio. Porque padecemos al ver caer secas y amarillentas las hojas de los árboles, sentimos una cosa igual á la tristeza, cuando se agota la fuente que con su murmullo nos recreaba; padecemos cuando se marchita la flor de deleitoso aroma.

La melancolía adormece blandamente el corazón; hay en ella un gérmen inagotable de sensibilidad, que dispone al alma á recibir impresiones de ternura. . . . Esa calma apacible del espíritu, es bella como un ensueño de ventura; y la melancolía es el colmo del sentimiento, de ese sentimiento puro é inefable, que envuelve con misterios al amor que germina, y la fé que comienza á nacer.

La melancolía tambien abriga bajo sus alas el amor espiritual de los primeros años: cuando con ternura se oprime contra el pecho á la muger amada; cuando se respira el aliento perfumado de sus lábios de seda, se siente un placer dulce y melancólico, puro como los afectos celestiales de los ángeles.

Pero llega un tiempo en que la melancolía nos abandona, como se ahuyentan las aves vagabundas de la region en que pasó la primavera. . . . Llega un tiempo fecundo en martirios, estéril de consuelos, en que el alma suspira dolorida al recordar los instantes tranquilos, deliciosos, en que la arrobaba la melancolía con su encanto misterioso. . . . Muerto ya el sentimiento, el alma no encuentra nada que la hable el antiguo idioma de la brisa y del torrente; mira flores, pero son solo flores. . . . se rompió ya aquella cadena de armonía que ligaba al alma del hombre el universo entero.

La melancolía viene despues de la niñez para formar la sensibilidad; ella arrulla las horas de la juventud, y es mil veces el vago presentimiento del dolor: cuando el infortunio y la duda han martirizado el alma, la melancolía huye con su magia divina, como aquellos falsos amigos á quienes ahuyenta la desgracia.

1849.—FRANCISCO ZARCO.



HORAS DE AMOR.

ERA una noche del ardiente estío:
La luna recorriendo el ancho espacio,
Derramaba sus rayos de topacio
Sobre las aguas del tranquilo rio.

Los fieros aquilones no silbaban,
Y la natura al parecer dormía;
El canto de las aves no se oía,
Que silenciosas cual la noche estaban.

Süave brisa las marchitas flores
Al tocarlas no mas las deshojaba,
Y al caer de las hojas derramaba
La muerta flor sus últimos olores.